

COORDINADORES:
GEORGINA DOPICO BLACK
ROBERTO GONZÁLEZ ECHEVARRÍA

EN UN LUGAR DE LA MANCHA:
ESTUDIOS CERVANTINOS
EN HONOR DE MANUEL DURÁN

EDICIONES ALMAR
Salamanca
1999

Índice

María Rosa Menocal <i>En un lugar de la Mancha...</i>	15
John J. Allen y Patricia Finch <i>Don Quijote en el pensamiento de Occidente: una selección</i>	23
Diana de Armas Wilson <i>"De gracia estraña": Cervantes, Ercilla y el Nuevo Mundo.....</i>	37
Antonio Carreño <i>Los concertados disparates de don Quijote (I, 50): sobre el discurso de la locura.....</i>	57
Alicia Colombí Monguió <i>El cantar de Preciosa</i>	77
Georgina Dopico Black <i>La herida de Camila: la anatomía de la evidencia en "El curioso impertinente"</i>	91
Roberto González Echevarría <i>Cervantes: visión y mirada.....</i>	109
Javier Herrero <i>La genealogía de Dios: amor en "La Gitanilla"</i>	123
John Hughes <i>El diálogo cervantino</i>	141
Jacques Lezra <i>La economía política del alma: el "Soneto al túmulo de Felipe II"</i>	149
Giuseppe Mazzotta <i>La perspectiva lúdica de don Quijote: Clavileño y la Cueva de Montesinos</i>	179

Índice

Ciriaco Morón Arroyo <i>Dulcinea</i>	197
David Quint <i>Entrelazamientos cervantinos: la "Historia del cautivo" y su lugar en don Quijote</i>	213
Hugo Rodríguez Vecchini <i>El prólogo del Quijote: la imitación perfecta y la imitación depravada</i>	229
Gonzalo Sobejano <i>La prosa del mundo en el Quijote: ilustraciones</i>	261

Reconocimientos

Los trabajos contenidos en este volumen se leyeron durante el homenaje a Manuel Durán celebrado el 1 y 2 de noviembre de 1996, en la Universidad de Yale, con motivo de su jubilación. "Cervantes, A Celebration: Symposium in Honor of Manuel Durán" fue auspiciado por la Oficina del Provost de la Universidad de Yale y por el Kempf Endowment Fund. Agradecemos la generosidad de estas instituciones, y en particular, del Provost Charles Long, por hacer posible el coloquio.

Quisiéramos, además, hacer constar nuestra gran deuda con todos aquellos que han colaborado en este proyecto, ya sea en la organización del simposio o en el proceso editorial. En su capacidad como directora del departamento de español y portugués, María Rosa Menocal fue la anfitriona del simposio, al cual dio su generoso apoyo tanto moral como material. Josefina Ludmer, que ejerció el cargo de directora hasta el otoño de 1996, estuvo presente desde los inicios del proyecto, al que siempre contribuyó con entusiasmo. Sandra Guardo, Virginia Gutiérrez y Viviana Hurtado hicieron lo indecible para asegurar que el simposio fuera un éxito, coordinando desde los detalles más mínimos hasta los más complejos. Dina Rivera tradujo con devoción y esmero los ensayos de Diana de Armas Wilson, Giuseppe Mazzotta y David Quint. Anabel García López y Colleen Read prestaron su pericia en ordenadoras a la labor editorial.

A todos los participantes del congreso cuyos trabajos se recogen aquí les damos las gracias por la alta calidad de sus comunicaciones, así como también a Rolena Adorno, Sandra Ferdman, James Fernández, K. David Jackson y Josefina Ludmer por sus actuaciones como moderadores. Lamentamos tener que mencionar aquí la prematura y de todos profundamente sentida muerte de uno de los autores, nuestro inolvidable Hugo Rodríguez Vecchini. Por último, quisiéramos agradecer el cariñoso apoyo tanto de la familia de Manuel Durán —y en particular de su esposa, Gloria, y sus dos hijos— como de todos sus antiguos y presentes alumnos y colegas, cuya asistencia a la conferencia le dio al evento un verdadero aire de celebración cervantina.

En un lugar de la Mancha...

MARÍA ROSA MENOCA
Yale University

LA apertura obligatoria a este coloquio debía ser, por supuesto, “En un lugar de ...” Pero, en cierto pueblo, no de la Mancha, sino de Cataluña, en 1937, fue destruida una biblioteca. La destrucción de bibliotecas no es, por cierto, algo que aparece únicamente en escenas como la del capítulo seis del *Quijote*, ese texto-biblioteca que constituye la piedra angular de esta celebración nuestra. Se han venido destruyendo bibliotecas desde mucho antes de 1937 en España, y siguen siendo allanadas hasta hoy mismo en Europa, y cuando Cervantes nos divierte con la agri dulce relación del “donoso y grande escrutinio” de la biblioteca del hidalgo, nos está contando de una vez muchas historias pasadas y futuras. Como cualquier buen relato de Borges –o de Pierre Menard– se trata de una historia que tiene su pasado real, pero también, de manera más conmovedora, su futuro, tal vez muchos futuros. En 1937, en ese otro rincón de España, la mencionada historia de la destrucción de una biblioteca fue llevada a cabo por los curas y barberos de la falange, y la familia de Manolo Durán se quedó sin su magnífica biblioteca de alrededor de diez mil volúmenes.

La destrucción de esa biblioteca, que tengo que suponer debe haber sido amada y cultivada como si hubiese sido el primogénito de la madre bibliotecaria de Manolo, la habrá dejado a ella y al resto de la familia despojados; pero en su otro hijo –en Manolo– iba a resurgir el lado dulce de lo que de otra forma hubiesen sido historias de la más absoluta amargura. Se pueden quemar libros, y familias, pueblos enteros –la familia de Manolo, toda una generación de españoles nobles– pueden ser forzados a doloroso exilio, demasiadas veces permanente, de tierras queridas. Historias como estas, marcadas por la tragedia no pueden contarse sino con esa ironía cervantina que es a menudo nuestra única defensa contra el dolor intolerable. Pero los libros –y esto también nos lo recuerda Cervantes y su colaborador Borges–, los libros pueden únicamente quemarse, no describirse o desleerse. Y las gentes arrojadas al exilio, tal vez con un par de preciosos volúmenes cosidos en el forro del sobretodo, tal vez sin ninguno, salvo aquellos conservados en la memoria (los que no pueden ser quemados) bien

pueden acabar escribiendo triunfales historias caballerescas, y facilitando la más amplia diseminación de los dislates de la literatura. Nos encontramos reunidos hoy aquí, a pocas cuadras de una de las bibliotecas más extraordinarias del mundo, para celebrar, con Cervantes, y como lo hace Cervantes, los agridulces triunfos del exilio y de la andante caballería que es la enseñanza de la literatura, y las maneras en que una biblioteca quemada puede transformarse en una todavía más poderosa biblioteca fundada en otro lugar. La historia de Manuel Durán, la historia de cómo viene a caer en esta embarazosa riqueza de libros que son los de Yale, los suyos, los libros de tantos de sus alumnos y los de generaciones de alumnos que les seguirán, es una historia sacada de algún episodio del *Quijote*, o de uno de sus narradores. Esa historia empieza con la biblioteca destruida y continúa en capítulos cuyos títulos se inscriben de manera proléptica, y es, por lo tanto, circular: exilio, traducción, poesía, España medieval, sus tribus errantes e idiomas olvidados, el Nuevo Mundo, Cervantes.

Con el padre condenado a muerte por Franco y no sólo su casa y biblioteca allanadas, sino toda España en ruinas, el exilio de la familia de Manolo comienza con el cruce de montañas hacia el sur de Francia, reflejo especular de un éxodo anterior cuya refracción se vería en la vida y obra de Manolo, porque fue con la destrucción y quema de las casas y bibliotecas de la entonces congenial Provenza que muchas de las más heterodoxas almas buscaron y hallaron refugio en Cataluña, a donde llevaron sus bibliotecas y recuerdos. Y su progenie incluiría, de la manera más canónica, al padre fundador de las letras catalanas, Ramón Llull quien, al igual que Cervantes en su papel de narrador del *Quijote*, encontrará su texto de base en una traducción, traducción de un texto árabe en primera instancia, pero traducción además en su más cristalina manifestación como emigración y resurgimiento de todas las memorias del exilio, sus libros incinerados, y azarosos relatos de peligros.

A ese primer exilio en Francia sigue con giro novelístico, el viaje al Nuevo Mundo con escala en Casablanca. Tenemos aquí, por supuesto, no sólo el final de la historia de Ramón Llull, lapidado en un desierto de África del Norte no muy lejano de Casablanca, sino también la elaboración de varias grandes películas románticas; y es a México (y aquí puedo lamentar, puerilmente tal vez, que no haya sido a Cuba, o incluso hasta a la Argentina, desde luego, pero esas serían versiones o traducciones distintas de la historia) a donde va a recalar Manolo, y

donde concluye ese capítulo central de una educación que ya lo ha hecho un joven rico en los idiomas y tradiciones poéticas tanto del Viejo como del Nuevo Mundo. El detalle encantador e increíblemente asombroso en este punto es que su padre quería que se hiciese abogado –pero ya había sido totalmente contaminado por los viejos *romances* y se propuso ser traductor, y más insensato aún, poeta. Esto lo llevó a más andanzas caballerescas –estudios en La Sorbonne, trabajo en las Naciones Unidas, y una peripatética existencia por Europa. Y entonces, menos ilógicamente de lo que pudiera parecer a primera vista, abandonó por segunda vez el Viejo Mundo, no para regresar a aquellos lugares del Nuevo habitados por quienes habían salido de España en 1492, no a México, Cuba o la Argentina, sino para dirigirse a Princeton, New Jersey.

No tiene Princeton la aureola romántica de Casablanca, por supuesto; pero había allí otro tesoro, otra biblioteca y otra memoria que atrajeron a Manolo en ese momento, la persona de Américo Castro, otro refugiado de los horrores de 1939. El propio exilio de Américo Castro lo había traído al Nuevo Mundo español, y a través de Cervantes y don Quijote había hallado su propia vocación caballerisca de redimir a los exilados, no los de su generación, sino de los de 1492. Don Américo, según parece gustaban llamarlo sus alumnos, como venerada alusión a sus quijotescas características, estaba obsesionado por la locura de que, no ya la historia del *Quijote*, sino toda la historia de la España medieval era la traducción de un texto arábigo, y que los héroes del siglo XVI y de todo el Siglo de Oro habían sido, en efecto, aquellos traductores, cristianos nuevos y moriscos, invitados a la casa de Cervantes para revelarles los extraordinarios relatos que apenas se habían salvado de las piras de curas y barberos. De manera que Princeton, en los primeros años de la década de los cincuenta fue, para Manolo, más que una prestigiosa e idílica universidad con robustos muros cubiertos de hiedra; fue, tal vez insospechadamente, el lugar donde el hispanismo norteamericano adquirió una de sus más influyentes facetas y donde se inició una de sus historias más características. En 1953 salió Manolo de esa experiencia, convertido en el flamante profesor Durán, doctor por la Universidad de Princeton, miembro esencial de esa notable fraternidad y familia, hermanos de armas, en las diferentes versiones de la historia de la batalla de América del Norte: las historias –aquí *translatio* en su sentido medieval de las muchas historias de España hasta nuestro presente actual.